

## **DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO**

**1ª lectura** (Jeremías, 33, 14-16): *Cumpliré la promesa.*

**Salmo** (24, 4bc-5ab.8-9.10 y 14): *«A ti, Señor, levanto mi alma»*

**2ª lectura** (Tsalonicenses, 3, 12 – 4, 2): *Ya conocéis las instrucciones.*

**Evangelio** (Lucas 21, 25-28.34-36): *Estad, pues, despiertos.*

El mundo no es como podría ser y como deseamos que fuera. No vivimos en un mundo santo, lo sabemos muy bien. La Iglesia misma no está exenta de pecados y tampoco los miembros que la integramos. Sabemos que somos amados por Dios, pero estamos al mismo tiempo expuestos a los vientos del mal que nos entorpecen o bloquean la respuesta de amor que deberíamos darle y, por el contrario, nos confirman nuestros egoísmos, celos y recelos, orgullos y depresiones, como nos describió Pablo en su conocida duplicidad de la ley: *«No ejecuto lo que quiero y, en cambio, hago lo que detesto»* (Rom 7,15). Nuestro mundo tiene cimas de paraíso con muchos valles de lágrimas y, ¡es inevitable que sea así!



Hay quienes se desentenden y se posicionan frente al mundo pensando que es: blanco o negro, mejor o peor, y buscan la manera de hacer su vida en la convicción de que el mundo no puede cambiar. Hablan de “destino irrevocable” y de “la suerte está echada”, sin ver posibilidad de marcha atrás ni posibilidades de cambio. El evangelio habla de la actitud inconsciente de los que no saben o no quieren ver, pensando solo en disfrutar del tiempo presente, aunque produzca stress e infartos: “lo único que cuenta es vivir, pasarlo bien, disfrutar”, hasta que un día tocamos el suelo, sufrimos una decepción, alguien desaparece de nuestro lado y nuestra fortaleza se agrieta y derrumba.

Es entonces cuando se puede pasar a una segunda interpretación del mundo como algo donde uno puede sentirse elemento activo con capacidad para remediar algo. Si el mundo es malo es porque lo hemos hecho así, pero podemos contribuir a hacerlo mejor. Esta reflexión nos pone en el camino de la verdad. Por eso, a la experiencia de impotencia para remediar muchos males que puede degenerar en angustia y hundirnos en el pesimismo, los cristianos anteponeamos la convicción de la fe en Dios padre y providente, que camina presente a nuestro lado, y de alguna manera, nos entrega instrumentos de poder y nos insufla el deseo de salvar el mundo con su amor.

Acabábamos el año litúrgico el domingo pasado y ya estamos comenzando el nuevo año en este domingo de finales de noviembre que es el primero del tiempo de Adviento. Tiempo de preparación para la llegada de la Novedad de Dios, Jesús, al momento presente de la historia de una humanidad siempre en búsqueda.

En este primer domingo de Adviento la Palabra de Dios habla de dar cumplimiento a lo que anunciaron los profetas, (primera lectura), de llenarse de amor mutuo para los hermanos y hermanas de comunidad (segunda lectura) y del final del tiempo del anti-dios y del comienzo del tiempo del Libertador (evangelio).

Últimamente nos coge de sorpresa, igual que el nacimiento de Jesús en su tiempo, lo cotidiano, las prisas por llegar a donde no sabemos, la urgencia por tener lo que no necesitamos y la poca importancia que le damos a lo de ser con otros y la necesidad que ellos tienen de nosotros, todo ello, nos hace llegar a la Navidad con necesidad de vacaciones. Llegamos a este tiempo nuevo cargados ya de cosas viejas: loterías, rifas, felicitaciones; listas de aguinaldos, compra de favores comerciales, regalos de cosas innecesarias; y con poco tiempo de acercarnos a personas conocidas que tienen que afrontar situaciones imprevistas provocadas por la pérdida de salud, de trabajo o de pareja. Tenemos miedo a implicarnos por si ello nos saca de nuestra comodidad.

Pablo nos lo recuerda en su carta a los Tesalonicenses: **«que el Señor os haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros, y en el amor para con todos»**. Así ha de ser la relación entre los hermanos y hermanas de la comunidad cristiana; y así lo debemos mostrar en nuestro aprox(j)imarnos a las personas que han sido asaltadas en su dignidad por el sistema sin Dios que nos circunda.

Las personas que han encontrado el verdadero sentido de sus vidas, que son lo que dicen y lo comparten con las que todavía no son porque no lo han descubierto o porque les ha sido arrebatado; esas son las personas que no envejecen. Pasan los años por ellas, pero cada día se muestran más cercanas a la fuente de la vida que no se termina.

De todos es conocida la expresión **«hay que nacer de nuevo»** que Jesús le dice a Nicodemo, cuando va a verlo de noche para que nadie se entere, porque ha intuido que el Rabí de Galilea vive y habla de distinta manera a la que ellos hablan en el templo y en las sinagogas.

Este es el tiempo nuevo del Reino que nos anuncia Isaías, que prepara Juan Bautista, que acoge María de Nazaret en lo profundo de su ser y que se nos ofrece a sus seguidoras y seguidores para que lo recibamos a Él y nos pongamos a caminar detrás de Él.

Los cristianos sabemos que Dios vino a salvarnos, camina junto a nosotros y esperamos que volverá. Vivimos de la fe en su primera venida y en la esperanza de la segunda, es decir, sabemos que estamos redimidos y que caminamos al encuentro del Señor. Esta es una buena síntesis de nuestra fe, esto es el Adviento: **“esperamos al Señor que viene”**.